Año II. Sábado 5 de noviembre de 1892 Núm. 25.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCIÓN OFICIAL

SESION INAUGURAL DEL CURSO DE 1892 Á 93

Bajo la Presidencia del M. R. P. Provincial de las Escuelas Pías, que tenía á su derecha el P. Rector del Colegio de Barcelona y al del Colegio de Puerto-Príncipe, y á su izquierda al Dr. D. Bartolomé Feliu, Catedrático de la Universidad, y á D. Antonio Balaguer, Catedrático del Instituto, inauguró solemnemente nuestra Academia el curso de 1892 á 93, el día 23 de Octubre, á las cinco de la tarde, ante numerosa y selecta concurrencia, que llenaba el Salón de Actos del Colegio y las salas y pasillos inmediatos. Abrióse la sesión, ejecutando al piano la *Marcha Turca* de Michaelis, los Académicos Supernumerarios D. Mariano Vinyas y D. Miguel Puig, quienes por su acertado desempeño fueron nutridamente aplaudidos. Acto seguido el infrascrito leyó una Memoria en que se reseñaba el movimiento de la Academia, durante el curso próximo pasado, acerca de la cual sólo hemos de advertir que va inserta en el presente Número, y que fué aplaudida por la indulgente concurrencia. Terminada la lectura de la Memoria, los Académicos de Número D. José A. Sala y D. José Oller ejecutaron la *Melodía* para violoncello y piano, de Mateu, que fué escuchada con marcada complacencia, y al final estrepitosamente aplaudida. Nada diremos del acompañamiento del piano, por estar á cargo del reputado profesor señor Sala; pero sí hemos de consignar que el joven D. José Oller, dijo con mucho esmero y notable colorido la parte de violoncello que le estaba confiada, patentizando los notables progresos que ha hecho en el manejo de tan difícil instrumento.

El Presidente de la Academia Dr. D. Narciso Pla y Deniel, pronunció desde su sitio presidencial un magnífico discurso sobre la verdadera idea del Progreso, y que, á no tardar, podrán admirar nuestros abonados en las columnas de esta Revista. Esta circunstancia nos exime de la tarea de analizarlo. Nuestros lectores verán que si fué ruidosamente aplaudido, era en verdad digno de tales aplausos. Repetidas veces fué el Dr. Pla interrumpido en su grandilocuente peroración, por los hurras! y aplausos arrancados al entusiasmo del auditorio por la magia de su fascinadora palabra. Pocos oradores poseen en tan alto grado el don envidiable de apoderarse de las inteligencias y de los corazones de los oyentes, para obligar á éstos á pensar y sentir al uníso-

no de sus propios pensamientos y sentimientos. Cierto que en algunos de sus brillantes párrafos recordaba el Dr. Pla y Deniel la factura convencional de ciertos oradores que logran éxitos momentáneos muy halagadores; pero en la totalidad de su peroración demostró que su fácil y apasionada palabra puede llegar á esos éxitos sin convencionalismos oratorios, con sólo traducir espontáneamente su propio pensar y sentir, ya que posee los acentos de la verdadera elocuencia en grado que pocos oradores alcanzan.

Aún duraba la efervescencia producida en los ánimos por el discurso de nuestro Presidente, cuando se sentó al piano el simpático Académico D. Mariano Vinyas, para hacerse admirar en la ejecución de la *Gran Tarantella* de Gottchalk Tocóla en un tiempo tan veloz, que fué asombro de los inteligentes, que temían había de desmayar en el estrepitoso final de la pieza. Mas el joven Académico salió tan airoso en su difícil empeño, que mereció una nutrida salva de prolongados aplausos.

A continuación el Aspirante D. Rafael Marzo recitó con gracejo la poesía *Suspiros del Corazón*, obra del Académico R. O., siendo también aplaudido. Pero lo fué con un entusiasmo delirante el Académico de Número D. Alfredo Elías, al recitar, de la manera inimitable que él sabe hacerlo, el fragmento ¡¡Tierra!! del poema «Colón,» de Campoamor. El entusiasmo del público obligó al Sr. Elías á volver á la tribuna, donde recitó la poesía *A Modesta*, que ya conocen los lectores de la Revista, y que valió al citado Académico una ovación envidiable. La naturalidad, la distinción y elegancia, la propiedad y la viveza, que tanto recomiendan al Sr. Elías, le hacen el lector favorito de los asiduos concurrentes á las veladas de la Academia Calasancia.

Difícil era, después de haber oído al Sr. Elías, hacerse escuchar con interés, en una disertación de carácter filosófico. Y con todo logró ese difícil éxito el Académico D. Francisco Martí y Bech, al demostrar que el Catolicismo posee virtualidad bastante eficaz para conducir las sociedades modernas al destino que las leyes naturales y los designios providenciales les tienen asignado. Se hace especialmente recomendable la oratoria del Sr. Martí y Bech por el tono de sinceridad y de convicción que domina en todos sus conceptos, y aunque poco efectista, logra hacerse suyo el auditorio por la novedad del pensamiento y la trascendencia de las conclusiones que deja establecidas. Un aplauso general manifestó la complacencia con que el Sr. Martí y Bech había sido escuchado.

La poesía *Jesús y los Lleons*, del Pbro. D. Jacinto Verdaguer, fué recitada con expresión y gracia por el Aspirante D. Emilio Vallés, quien fué fervorosamente aplaudido por los concurrentes, de los cuales recibió cariñosas felicitaciones. Terminó la sesión con el *Trío de Vilar*, para violoncello, armonium y piano, ejecutado por los Sres. D. José Oller, D. Francisco Mateu y D. Mariano Vinyas. La ejecución fué esmerada, perfecta: no podía desearse más adecuada interpretación. No es el *Trío de Vilar* pieza que impresione por sus movimientos, ni por el vuelo de los conceptos que contiene, pero fué expuesta con todas las delicadezas que la recomiendan. Por esto fué tan aplaudida y sus ejecutantes tan sinceramente felicitados.

La sesión resultó en conjunto brillante y dejó á la concurrencia complacidísima. Levantóse á las 7 y cuarto.

El Secretario,

Barcelona 24 de Octubre de 1892. JOSÉ M.ª DE OLALDE.

Se convoca á los Sres. Académicos de Número y Supernumerarios para la sesión privada, que deberá tener lugar el primer domingo de Noviembre, á las diez de la mañana, en la que deberá nombrarse un vocal de la Junta Directiva, por haber renunciado ese cargo el Dr. don José Puig de Asprer. Disertará después el Académico de Número don Juan Burgada Juliá sobre el verdadero concepto del Naturalismo literario.

El Presidente, NARCISO PLA Y DENIEL.

El Secretario, JOSÉ M.ª DE OLALDE.

Barcelona 1.º de Noviembre de 1892.

REVISTA DE LA QUINCENA

Con el presente Número entra nuestra Revista en el año segundo de su publicación. En cada uno de los Números hemos dado una reseña crítica de los más notables acontecimientos relacionados con la causa del Catolicismo y la situación del Pontificado. El punto de vista en que desde un principio nos colocamos pudo parecer á algunos caprichosamente elegido; pero posteriormente ha sido preferido, para dominar mejor las corrientes de la diplomacia, por los Diarios más importantes de Europa, en lo que hemos visto una confirmación de nuestro buen acierto. Partimos del supuesto de que la cuestión de Roma envolvía el secreto de las combinaciones políticas que han establecido el presente equilibrio europeo; veíamos que el ingreso de la Italia en la *triple alianza*, fué impuesto por la masonería para asegurar á la Revolución la posesión de Roma; y este hecho, que parecía una presunción sin base sólida, es reconocido hoy por los Diarios europeos de mayor alcance político. De continuar Italia aliada con la Francia revolucionaria, hubieran prosperado las ideas radicales y antimonárquicas en el Occidente de Europa; Roma hubiera sido en breve la capital de la República italiana; el Papa hubiera sido expulsado del Vaticano; la reacción católica hubiera seguido á los desahogos secularizadores de la política imperante; y la alianza de los imperios de Alemania, Rusia y Austria, se hubiera estrechado y consolidado ante el común enemigo, y una intervención armada hubiera deshecho la obra de la Revolución, restaurando las monarquías vencidas y devolviendo al Papa el cetro de sus dominios temporales. Comprendiéndolo así la fracmasonería, separó á la Italia de la Francia, y aproximó la Francia á la Rusia, y desligando á los tres Emperadores del Norte, facilitó la formación de la *triple alianza*, y preparó la alianza franco-rusa.

Austria, la católica Austria, se prestó á garantizar á Italia el *statu quo* de Roma; é Italia, la revolucionaria y republicana Italia,

se comprometió á hostilizar á la Francia republicana y revolucionaria y á auxiliar á la cesarista Alemania, y á su eterna rival el Austria. Rusia no podía abandonar la Francia á los planes ambiciosos de la *triple alianza*, porque esto hubiera equivalido á sancionar la hegemonía que en Europa quería ejercer despóticamente la Alemania; y por esto, el autócrata de las Rusias unió sus intereses políticos á los intereses de la Francia republicana. Establecido el equilibrio europeo sobre esas dos monstruosas alianzas, quedaba la Italia oficial asegurada en su posesión de Roma. Porque los italianos, aún los que se dicen católicos, no han de intentar una restauración del Poder temporal de los Papas; y nadie puede esperar esa restauración sino como obra de una intervención extranjera. Y á impedir esa intervención favorable á la Santa Sede obedece la formación del establecido equilibrio europeo. En primer lugar, es difícil que la implacable rivalidad franco-alemana promueva una guerra europea, cuyas consecuencias serían hoy horrorosamente funestas, y nadie puede asegurar si llevarían consigo el aniquilamiento de la Francia ó la desorganización de la Alemania. En segundo lugar, aun cuando estallara el formidable conflicto, no por eso Roma volvería á la obediencia del Papa, porque si quedaba vencedora la *triple alianza*, la Italia oficial remacharía las cadenas que aprisionan al Pontífice Romano; y si Italia, como suele acontecer, quedaba vencida en los campos de batalla, el Vaticano sería asaltado por las turbas acuciadas por la masonería, y ultrajado, y expulsado, y acaso sacrificado el Vicario de Jesucristo; y sin duda que la Francia revolucionaria y la Rusia cismática, vencedoras y árbitras de la Europa, respetarían los hechos consumados en Roma, en odio al Catolicismo.

Hemos hecho también observar, en las revistas quincenales de esta sección, que la política masónica no ha limitado su acción á garantizar para el porvenir la posesión de Roma; sino que ha intentado, por todos los medios á su alcance, obligar al Vaticano á una transacción con la dinastía saboyana. El prestigio que León XIII supo adquirirse en las cancillerías europeas, y que tan de manifiesto se puso en el arbitraje de las Carolinas, y en los obsequios que le hicieron los soberanos todos cuando celebró su jubileo sacerdotal, hubo de ser explotado por la alta masonería, que promovía una guerra inicua contra la Santa Sede por parte de la República francesa, mientras los Soberanos se esmeraban en dar ostensibles muestras de deferencia hacia León XIII, considerado universalmente como el primer diplomático del mundo. Mientras la Francia republicana disolvía los Institutos religiosos y procesaba á los obispos y secularizaba los hospitales y el ejército, después de haber secularizado las escuelas, todos los Soberanos de Europa se esmeraban en mantener relaciones amistosas con el gran Pontífice; y de un modo muy

especial, los emperadores de Austria y de Alemania se finían por vivir en franca cordialidad con el Vaticano. León XIII no cayó en las disimuladas redes que le tendían, y aprovechando las circunstancias, recabó de la Alemania la abolición de las leyes opresoras de la Iglesia, é hizo del *Centro Católico* el árbitro de la política del Imperio, mientras lograba que Austria moderara sus leyes escolares, y suspendiera la Hungría sus anticatólicos proyectos acerca de los matrimonios mixtos y el Bautismo de la prole de esos matrimonios nacida. Pero no se logró que León XIII cediera un ápice de sus reclamaciones á la usurpadora casa de Saboya. Y tan lejos estuvo de romper con la República francesa, que tan desatentadamente le hostilizaba, que, por el contrario, inició una política de aproximación de los católicos á la forma republicana, tan oportuna para los intereses de la Iglesia, como para los de la nación francesa. Cierto que esa iniciativa política de León XIII ha producido el desvío de los Soberanos comprometidos mediante la *triple alianza*; pero ha desbaratado también los planes de las sectas secretas y de la diplomacia italiana.

Comprendió el sapientísimo León XIII que catolizando la República francesa, se venia al suelo el maquiavélico castillo donde se habían hecho fuertes los políticos de la Italia liberal y masónica; y á ese objetivo enderezó todos sus esfuerzos, empezando por hacer decir al cardenal Lavigerie, que la grandeza y el porvenir de la Francia dependían de la reconciliación de la República con los elementos católicos, y aconsejando á éstos que aceptaran con lealtad la forma republicana, para catolizarla y colocar en ella la bandera de unión de todos los franceses patriotas y honrados. Hubo de valerse León XIII del Cardenal-arzobispo de Argel y Cartago, porque á la sazón los demás cardenales de Francia, al igual que la casi totalidad de los señores obispos, como así bien la inmensa mayoría del clero y del pueblo creyente, miraban como incompatibles la República y las libertades de la Iglesia, y creían que las corrientes democráticas eran esencialmente anticristianas. A las resistencias que la iniciativa pontificia encontró en los partidos monárquicos y en gran parte de los elementos católicos, opuso León XIII las terminantes declaraciones del Cardenal, secretario de Estado, basadas en la doctrina tradicional de la Iglesia. Más tarde intervino directamente el Vicario de Jesucristo, en su empeño de que los católicos se acogieran de buena fe á la constitución republicana de Francia; y contra todas las presunciones hoy es día y la Francia católica se ha declarado sinceramente republicana, y hasta los antiguos demócratas de la nación vecina han depuesto sus odios y su animosidad contra la Santa Sede. El triunfo de León XIII sobre la diplomacia liberal, judía y masónica ha sido completo. El ingreso de la Italia en la *triple alianza*, tan ruinoso para esa nación, que no

puede con las cargas que le impone, ha sido labor perdida. La masonería y el judaísmo creyeron que tendrían en ¡ya que á los ejércitos de Europa, para impedir su acceso á la ciudad de Roma, mientras pudieran manejar los manubrios gubernamentales de Francia é Italia; pero León XIII se propuso sustraer la Francia del poder tenebroso de las sectas, para que no sirviera á las miras de los enemigos de la Iglesia, y preciso es reconocer que va logrando su objeto. La política pontificia ha vigorizado la República francesa, la ha rodeado de prestigio, la ha hecho simpática á conservadores y católicos, y ha ligado á su suerte el porvenir nacional. Francia agradecida, no empleará sus fuerzas contra el Vaticano, donde se ha pronunciado la palabra de su regeneración y del afianzamiento de sus libertades.

Bien sabe León XIII que el triunfo de la *triple alianza* implica la continuación en Roma de la Dinastía usurpadora; y sabía que, alejados los católicos franceses de la gobernación de la República, también quedaba asegurada esa usurpación de Roma, si la triple alianza quedaba vencida. No era posible separar la Italia de la alianza con Austria y con Alemania, sin abdicaciones humillantes por parte del Pontificado; y por esto León XIII se propuso, y está logrando, impedir que el triunfo de la Francia sea garantía y sanción del despojo de Principado Pontificio.

Tan convencidos estamos de que la cuestión romana es la rueda catalina de todo el mecanismo movido por la diplomacia europea de algunos años á esta parte, que no vacilamos en asegurar que la política pontificia aplicada á la Francia modificará muy en breve las condiciones del presente equilibrio europeo, que ya no sirve para asegurar á la Revolución la posesión de Roma. O la Italia hará estallar la guerra europea antes de que la Francia republicana quede modificada según el espíritu de la política pontificia; ó la Italia se separará de la *triple alianza*, para aproximarse á Francia, é impedir que los triunfos de ésta lleven consigo la restauración del Principado civil de la Santa Sede. Y cuenta que esta evolución de la Italia hacia la política francesa arrastraría en su movimiento el trono de Humberto, que rodaría empujado por las corrientes republicanas: pero pequeño obstáculo será éste si de ello resulta asegurada la Revolución en Roma. Italia no tiene otra política que la masónica, y ésta arrostrará cuanto conduzca á imposibilitar la independencia del Pontificado. Y como no es fácil que la política masónica exponga al albur de una guerra la suerte de Roma, nos inclinamos á creer que está próxima la separación de Italia de la *triple alianza*. No nos sorprendería que los italianos se acostaran hoy monárquicos y dispertaran mañana republicanos. Y cuando esto suceda, se alabará por todos la previsión con que León XIII ha procurado cristianizar la democracia contemporanea. *Et nunc, reges, intelligite.*

***

Mes de Congresos ha sido para España el pasado mes de Octubre. Se ha celebrado un Congreso Católico en Sevilla, un Congreso Mercantil en Barcelona, un Congreso Americanista en Huelva, y en Madrid el Congreso Geográfico, el Jurídico, el Pedagógico, el Libre-pensador, el Espiritista y ahora se está celebrando el Literario. Ninguno ha sido tan solemne, tan concurrido, tan importante por la calidad y número de Congresistas, tan trascendental por sus acuerdos, tan recomendable por los trabajos presentados, como el Congreso Católico de Sevilla que, sobre enardecer el espíritu católico de los españoles, ha merecido el aplauso de la prensa extranjera de mejor reputación, y ha logrado afogarar á los Diarios oficiosos de Italia, por las valientes reivindicaciones que en él se han hecho del Poder temporal de la Santa Sede. Los demás Congresos: el Americanista, el Mercantil, el Jurídico, el Geográfico, han resultado buenos, solemnes, dejando satisfechos á sus iniciadores. Pero el de Libre-pensadores, el Espiritista, el Pedagógico, han sido verdaderas bahorrinas y han acabado ó por la intervención de la autoridad que los ha disuelto, ó por el ridículo que los ha matado. La celebración de Congresos ha demostrado de un modo plenamente satisfactorio, que en España los elementos católicos constituyen la primera fuerza de la nación, y que las ideas acatólicas, que dominaron en los Congresos Pedagógico, Libre-pensador y Espiritista, carecen de arraigo y de prestigio, son plantas exóticas que viven argüelladas en los invernaderos de las logias, sin que puedan recibir el aire libre á cuyo contacto mueren sin remedio.

Otra enseñanza nos ha suministrado el Congreso Católico de Sevilla. En él han tomado parte católicos eminentes de todas las fracciones político-católicas, sin que se haya observado ni la más ligera discrepancia: los oradores carlistas, los integristas, los alfonsinos y los independientes han sido por igual aplaudidos y considerados, y nadie ha visto en Sevilla sino católicos dispuestos á seguir á sus Prelados en la defensa de los derechos de la Iglesia. La unión de los católicos ha sido un hecho, y hay que tener en cuenta que esa unión no ha sido promovida por los órganos que en la prensa tienen los diferentes partidos católicos, puesto que algunos de ellos nada han hecho en beneficio del Congreso; sino que los católicos más conspicuos de los diferentes partidos, obedientes á la voz de los señores Obispos, se han prestado á la obra de pacificación representada por el Congreso, demostrando que antes que políticos son católicos, y que sobre la autoridad de los jefes de partido, ponen en materias religiosas la autoridad de los Prelados de la Iglesia. El Congreso Católico de Zaragoza preparó, con sus admirables *reglas prácticas*, esa tan deseada unión de los católicos; y el Congreso Católico de Sevilla ha recogido los frutos agradabilísimos de la plantación hecha por los Prelados en Zaragoza.

*
* *

Otros Congresos católicos se han celebrado recientemente en varias Naciones de Europa; pero ninguno de ellos ha logrado la resonancia que ha tenido el de Sevilla. La verdad es que habiendo éste sido presidido por 26 obispos, y habiendo asistido á él, en número muy considerable, oradores famosos, literatos distinguidos, sabios respetabilísimos, catedráticos ilustres, políticos eminentes, sacerdotes ilustradísimos, y habiendo sus sesiones revestido una solemnidad y magnificencia poco menos que insuperables, ha logrado fijar la atención, no sólo de los católicos, pero aún de los mismos indiferentes. Asambleas tan augustas como la de Sevilla serán siempre rarísimas, porque siempre será difícil que una nación pueda coadunar para un objeto cualquiera tantas notabilidades. Pero, por lo que hace al número de congresistas, ha excedido al de Sevilla el Congreso recientemente celebrado en Newark (Estado de New-York), bajo la presidencia de Mgr. Corrigan, arzobispo de New-York. Los miembros del Congreso eran 7,000, siendo así que no llegaron á 5,000 los inscritos para el de Sevilla. En el de los Estados Unidos, Schroeder dijo que el objeto principal de la Asamblea era promover la restauración del Poder temporal del Pontífice Romano. El orador, que desempeña una cátedra en la Universidad católica de Washington, fué muy aplaudido. Tomó también la palabra el gobernador de la Nueva Jersey, que felicitó con gran entusiasmo á los miembros del Congreso.

UN ACADÉMICO.

UN ARTÍCULO NOTABLE

El insigne publicista francés. M. Eduard Drumont, publicó no ha muchos días en su periódico «La Libre Parole» un artículo notable bajo todos conceptos. Más que artículo es un retrato perfecto del *sabio mediocre*, como él le llama, que ha bajado á la tumba dejando trás de sí el funesto ejemplo de una prevaricación aborrecible.

La prensa llamada libre-pensadora, la protestante y la judía ha apretado los tórculos para que la figura de ese hereje desdichado alcanzara proporciones gigantescas.

Para contrarrestar los efectos de la adulación engañosa, traducimos el artículo en cuestión, que viene á despojar á Ernesto Renan de las oriflamas con que le adornaron los ateos, dejándole reducido á lo que realmente fué: un escritor afortunado y un filósofo vulgar. Al tributarle grandes honores el Gobierno francés, ha venido á hacer bueno aquel sabido refrán que dice: Para un roto un descosido. Dice así, el artículo aludido:

ERNESTO RENAN

He pasado mi vida entre libre-pensadores que eran espíritus nobles y honradas personas; he vivido entre indiferentes, escépticos, ateos, budistas; he tenido muchas veces conversaciones muy interesantes y cordiales con judíos. El único hombre que siempre me inspiró invencible repugnancia, fué Renan.....

Cuando Victor Hugo me propuso llevarme á su mesa á comer con él, cortesmente decliné la invitación, confesando mis sentimientos al poeta, que en el fondo estaba de acuerdo conmigo.

Este hombre, en efecto, me ha parecido siempre la encarnación perfecta de un tipo por el cual siento inevitable desdén; el mal sacerdote, que ha conservado todas las trazas exteriores de tal, y persigue con un odio á la vez almibarado y atroz á la religión de la cual ha renegado. «De todos los venenos conocidos, decía Saint-Victor, la hiel del pedante es el más violento.» Escribiendo esto Saint-Victor pensaba sin duda en Renan.

En Renan no se descubre nada del gran revolucionario, del audaz blasfemo que levanta los puños amenazando al cielo, para protestar contra las iniquidades de la tierra; nada de Juan Huss ó de Lutero. Con sus afectaciones de artista permaneció siempre sacerdote sin sacerdocio.

Major optimi corruptio. Las cualidades del sacerdote, como la reserva y la prudencia, vienen á ser en el que cae en brazos del mal, hipocresía y engaño.

Así sucedió en Renan. Hombre cauteloso y disimulado, no anticipaba una palabra sin restricciones que la destruyeran; exploraba á su interlocutor antes de decidirse á hablar en uno ó en otro sentido.

Este escapado de seminario, que no quiso obedecer á Jesucristo, tenía ante los poderosos de la tierra los servilismos del adulador, del mismo modo que delante de los espectáculos de la vida tenía las sorpresas del baturro.

La vida de este puede sacarse como el modelo más perfecto de la bajeza intelectual triunfante. Renan ha sido, ciertamente, el más cínico adulador de la fortuna en este siglo.

De entre todos los escritores de esta época, este pretendido libre-pensador, fué incontestablemente el hombre que pensó menos libremente. En su vida tuvo ni una sola vez el valor de defender una causa vencida. Jamás levantó la cabeza contra una injusticia; no atacó nunca un abuso; no despertó una sola vez en las almas una pasión generosa. No protestó, no digo ante un suceso injustificado, pero ni siquiera ante una popularidad malsana, ante un capricho estúpido. El favorito aclamado la víspera por el populacho, aquél merecía su aprobación al día siguiente. Alguna vez el talento del escritor ha podido excitar la admira-

ción por ciertas expresiones felices, pero siempre el carácter del hombre despertó el desprecio solamente.

El debió su situación al Emperador, quien gracias á Madame Cornu, le había confiado productivas misiones y concedido un asiento en el Colegio de Francia. Caído el Imperio, intentó aproximarse á la República que hizo muy mediano caso de su persona, y no le admitió entre su personal político.

Había empezado hablando mal de los Semitas, y nadie ha olvidado lo que dijo de ellos en su *Historia general de las lenguas semíticas*.

«La raza semítica, según él, se presenta únicamente con ca»racteres negativos, no tiene mitología, ni epopeya, ni ciencia, »ni filosofía, ni ficción, ni artes plásticas, ni vida civil; en todo la »ausencia de complejidad de matices, sentimiento exclusivo de »la unidad.»

«La moralidad, añadía, fué entendida siempre por esta raza »de una manera muy diferente que por la nuestra. El Semita no »conoce más deberes que los que se deben á sí mismo. Prose»guir su venganza, revindicar lo que cree de su derecho, es á sus »ojos algo como una obligación. Por el contrario, pedir que cum»pla su palabra, que administre justicia de un modo desintere»sado, es pedirle gollerías. Nada subsiste pues en esas almas »apasionadas contra el sentimiento indomable del *yo*. La religión, »por otra parte, es para el Semita, una suerte de deber especial, »que está unido á la moral eterna por un lazo muy débil.»

Desde que los Judíos fueron los amos de la Francia, Renan agotó las adulaciones serviles en su favor. Cada vez que se ponía sobre el tapete la cuestión semítica, iban á encontrar al complaciente de Israel, y declaraba que los Antisemitas eran unos pérfidos, y que los Judíos, que él había tratado tan injuriosamente en otro tiempo, eran los modelos de todas las virtudes.

Goncourt nos ha presentado á Renan durante el sitio de París, asistiendo á las comidas de Brebaut, en las que aclamaba á Alemania victoriosa en pleno bombardeo, mientras se recogían del pavimento de las calles las entrañas de niños muertos por los obuses prusianos.

He ahí una página, que debo citar:

«Esta noche en casa de Brebaut, se lee en el *Diario* de Gon»court, hemos salido á la ventana, atraídos por las aclamaciones »de la turba al pasar un regimiento que parte. Renan echa atrás »el cuerpo con un movimiento de desprecio, y dice estas pala»bras: «Entre todos estos no hay un solo hombre capaz de un »acto de virtud.»

»Renan, levantando la cabeza de su plato, añadió: «En todas »las cosas que estudié, me han conmovido siempre la superiori»dad de la inteligencia y del trabajo alemán..... *El catolicismo es »un atontamiento del individuo*; la educación de los jesuítas ó de

»los Hermanos de las escuelas cristianas, detiene y comprime »toda virtud, en tanto que la desenvuelve el protestantismo.»

»Berthelot, continúan las desoladoras revelaciones, dijo á »gritos: Entonces, todo se acabó, tan sólo nos queda el recurso »de preparar á la nueva generación á la venganza.

»No, no, gritó Renan levantándose, con la cara enrojecida; »no, nada de venganza; *¡perezca la Francia!*, ¡perezca la patria! »Por encima está el reino del deber y de la razón.....»

En tal día, no era tanto el mal ciudadano el que hablaba, como el bodoque de alma vulgar que admiraba estúpidamente al emperador de Alemania, porque era el vencedor de aquel día, y por lo tanto el más fuerte.....

Este es el hombre que se ha enterrado con gran pompa, con ejército, diputaciones oficiales, y un cortejo de personajes más ó menos notables. La nueva generación que ya está tan educada á creer sólo en lo que obtiene éxito, tendrá ante sus ojos una nueva lección que aprender.

Fuera del papel político en que habría soñado quizá, y que un vago instinto de la probidad pública le rehusó, Renan obtuvo casi todo lo que un hombre como él podía pretender. La diosa Fortuna que él había adulado tan rastreramente no fué cruel. Cuantos ejercieron una influencia verdadera sobre las ideas de su tiempo, como Augusto Compte, Pedro Leroux, Proudhon, han muerto pobres; Renan obtuvo lo que deseó. Fué administrador del Colegio de Francia, miembro de dos Academias, profesor, miembro de innumerables comisiones, gran oficial de la Legión de Honor.....

¿Fué feliz este acaparador de brevas laicas? Sin duda él lo afirmaba demasiado para que fuese verdad. Los gritos de alegría que daba á cada instante en los banquetes, respondían, sin duda, á algún sufrimiento cruel que sentía en su interior, á algún remordimiento de su conciencia que él se esforzaba en disimular..... También *Socie*, que fué un criado célebre, cantaba cuando sentía miedo.....

Fué el período el más triste aquel en que llamó más desesperadamente al placer. Nada más penoso que oir los *Gaudeamus igitur* que salían sin cesar de sus labios secos y caídos. Era el sarcasmo senil de Voltaire, sin el espíritu del siglo XVIII.

«Divertirse» era la palabra clásica para él; «Yo quisiera divertirme,» decía Renan en un discurso pronunciado en Brehat. El *Fígaro* tuvo el valor de declarar exquisitas estas aspiraciones macabras, que evocaban en el espíritu las páginas de intensísimo y siniestro efecto, en las cuales Michelet habla de aquellos esqueletos que tienen en su cara un gesto de risa.

«Exquisito» era el epíteto obligado en ciertos lugares, cuando se trataba de Renan.

Habiendo utilizado todo lo que podía servirle, Renan no dejó

de hacer el fantoche en el Boulevard. Era muy querido de los *boulevardiers*; le tenían por un artista incomparable sin haber leído sus libros; aquellas gentes deshonraban, aplicándolo á ese hombre de tan vulgar modo de ser, la palabra *dilletante*, que significa una superioridad altanera y sonriente al propio tiempo, que Renan no conoció jamás.

Muerto, seguramente tendrá lo que tuvo mientras vivió: una prensa aduladora. Esperemos, sin embargo, que tenga lo que vale más, las plegarias de aquellos buenos y honrados sacerdotes que le conocieron en el Seminario cuando afectaba un fervor, que está reflejado en su correspondencia. Ellos pedirán á Dios misericordia para el alma de ese sabio mediocre, y de ese virtuoso en apariencia, que fué ante todo un sofista, y que no usó del talento que Dios le concedió, más que para mentir y corromper.

EDUARDO DRUMONT.

¿D. JUAN ES CREACION DE TIRSO?

Gracias al fecundísimo poeta D. José Zorrilla, el *D. Juan* es uno de los personajes del teatro moderno que más popularidad ha alcanzado entre nosotros, y sabido es que quien dió á conocer dicho personaje en España fué el Reverendo Padre Maestro Fray Gabriel Tellez (Tirso de Molina), Mercenario, nacido en Madrid en 1585, y uno de los mejores poetas que honraron la escena española del siglo XVII.

En nuestro teatro, con seguridad no encontraríamos otro creador de caracteres tan poderoso y tan enérgico como Tirso, y en prueba de ello se acostumbra á citar el *D. Juan*, protagonista de *El Burlador de Sevilla y Convidado de piedra*, dotado de una personalidad tan viva que sólo puede compararse á la que ofrece la realidad humana; tipo que, como observa el Sr. Menendez y Pelayo, es el único que fuera de España ha llegado á ser tan popular como *Hamlet*, *Otello* y *Romeo*, y ha dejado más larga progenie que ninguno de ellos.

No queremos, ni podemos dejar de reconocer en Tirso, el poder de crear caracteres tan vivos y enérgicos como los de Shakespeare, pero nos atrevemos á formular la pregunta que encabeza estas líneas, pues existen suficientes motivos para afirmar, que la creación de dicho personaje no se debe, cuando menos exclusivamente, á Tirso.

Los primeros elementos del tipo primitivo del famoso *D. Juan*, tomado según se cree de un miembro de la ilustre familia de los Tenorios de Sevilla, fueron presentados primeramente en escena por el organizador del teatro nacional español, Lope de Vega, en

el 2.° y 3.er acto de su comedia *Dineros son calidad*, en la cual el héroe Otavio da sorprendentes pruebas de fortaleza y serenidad ante las espantosas creaciones del mundo inmaterial. Hay en esta comedia de Lope, detalles como en las primeras escenas del 3.er acto, el de la estatua de alabastro del rey Enrique andando, y otros, que sirven para robustecer la sospecha de que Tirso se valió de ella para *El Burlador*.

Además, creemos también nosotros que Tirso tomó para la creación de su *Burlador*, algo de lo que nos refieren las primitivas tradiciones del Norte, en donde se encuentran ejemplos de atroces castigos, sobrevenidos á los que, para poseer una espada de buen temple, tomaban de grado ó á la fuerza y turbando el reposo de los muertos, la de los antiguos héroes que yacían enterrados.

Pero donde se encuentran más analogías con la obra de Tirso de Molina, á que nos venimos refiriendo, es en una composición bretona que se atribuye á un capuchino llamado P. Morin, que murió en 1480; y en aquel cuento, tan popular de nuestras montañas, que en nuestra niñez escuchábamos llenos de terror, estremeciéndonos de miedo, cuando la narración llegaba al punto en que los golpes producidos por el cráneo, saltando por la escalera, iban acompañados del terrible *Marieta, ja 't tinch*.

Nada diremos de este cuento por ser ya tan conocido, y en cambio expondremos la leyenda del P. Morin, de la cual, si bien se hallan variantes en Alemania, en Inglaterra y en Francia, y cuya traducción dió á conocer, hace bastantes años, D. Cayetano Vidal y Valenciano en el Ateneo Catalán, no creemos tengan noticia la mayor parte de nuestros lectores.

Según dicha leyenda, durante los días del carnaval tuvo lugar en Rosporden una espantosa calamidad. Tres jóvenes disipados habían estado de francachela en una taberna, y habiendo comido y bebido hasta más no poder, se vistieron con pieles de animales y echaron á correr por las calles de dicha ciudad.

Uno de esos tres muchachos, no bien se hubieron alejado sus compañeros, dirigióse al cementerio, alcanzó una descarnada calavera, colocó dos lucecitas en las concavidades de sus ojos, púsosela sobre su cabeza, y así ataviado echó á correr como un demonio por aquellas calles arriba. Los niños y las mujeres al verlo escondíanse horrorizados, y hasta los hombres ya maduros franqueábanle el paso en cuanto se acercaba.

Cuando los tres jóvenes hubieron recorrido la ciudad á su capricho, encontráronse de nuevo, y dieron en chillar, saltar y chancearse, acabando por decir: «¿Dónde está el Señor nuestro Dios? ¡Venga á regocijarse con nosotros!»

Enojado el Todopoderoso, hirió entonces la tierra con un golpe que hizo bambolear todas las casas de la población, de suerte que los habitantes, creyendo llegado el fin del mundo, empezaron á arrepentirse de los pecados que habían cometido.

El más joven, antes de regresar á su casa, devolvió el cráneo al cementerio, diciéndole antes de irse: «Calavera, quien quiera que seas, ven mañana á mi casa y cenarás conmigo.» Luego se dirigió á su morada, acostóse y no despertó hasta el día siguiente, á cuyo amanecer se levantó, y sin acordarse de cuanto ocurriera la noche anterior, tomó los aperos y, como aquel á quien no se le da un ardite de cuanto pueda acontecer, se dirigió cantando á su campo.

Mas, apenas se hubo retirado el crepúsculo y llegado la noche, el referido joven, que había ya regresado á su casa, se disponía á cenar, cuando sonaron en la puerta de la misma dos golpes fuertes y acompasados. Levantóse el mozo para abrir, pero tanto se asustó al encontrarse con el que había llamado, que cayó redondo sin poderse valer. Otras dos personas que fueron á levantarle se espantaron de tal modo, que murieron instantáneamente.

Entonces, ceñudo y con paso lento, adelantóse el muerto hasta la mitad de la sala y dijo: «Ahí me tienes, vengo á cenar contigo; vamos, pues, estamos muy cerca, nos sentaremos juntos á la mesa del festín que está ya preparada en mi tumba.» No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando aterrorizado el joven, dejó escapar un gran alarido, cayendo sin fuerzas y estrellándose la cabeza contra las sonoras losas del pavimento.

Hasta aquí la leyenda y seguramente que la misma habrá hecho venir á la memoria de los que la hayan leído, varias de las escenas de *El Burlador de Sevilla*, D. Juan. Es verdad que los móviles que impulsan al héroe de la leyenda y al del drama son distintos; pero, téngase en cuenta que el P. Morin escribía para un pueblo que en aquella época estaba en su infancia, y que Tirso escribía para la culta sociedad española del siglo XVII; que aquél trataba de convertir á los bretones, dirigiéndose á su sentimiento religioso, y que por lo tanto echó mano de los medios que mejor podían impresionarle, mientras que Tirso escribía para el teatro, esto es, para recrear; y seguramente así podrán encontrar satisfactoria explicación las diferencias que en el fondo presentan *El Burlador*, de Fray Gabriel Tellez, y la leyenda, del P. Morin.

No obstante, como decíamos al principio de este escrito, *El Burlador*, D. Juan, tal como hoy le conocemos, no sólo nosotros, sí que también los extranjeros, es preciso confesar que se debe á Tirso de Molina, pues él fué quien le presentó en las tablas con toda aquella su intrepidez y depravación que sólo se complace en la satisfacción de sus caprichos, sin que el recuerdo de *que hay Dios, que hay muerte y que hay tras la muerte infierno*, ponga freno á sus desórdenes y á su hábito de burla é irrisión hacia lo más sagrado. Esta obra de Tirso, muy irregular en sus dos primeros actos, pero de situaciones sublimes y de grande efecto en el 3.°, es la que ha servido de base á una infinidad de obras, así

nacionales como extranjeras, de las que sólo citaremos el *Festín de Pierre* de Molière, *El Libertino* de Shadwell, obra de escaso mérito literario y muy obscena, *D. Juan* de Byron, *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague* de Zamora, notable poeta del siglo XVIII, *Juan de Malara* de Alejandro Dumas, la inspirada ópera *D. Juan* de Mozart, y *D. Juan Tenorio*, *El desafío del diablo* y *Un testigo de bronce* del esclarecido vate D. José Zorrilla.

Obsérvese, por último, que cuantas veces se presenta el corrompido *D. Juan*, siempre se coloca inmediato á él, cual si fuera su sombra, la grave y ceñuda figura de D. Gonzalo de Ulloa, Comendador de Calatrava, como venido al mundo expresamente para castigar los engaños, burlas, falsos juramentos y crímenes de aquél, y para advertir á

«los que Dios
»Juzgan los castigos grandes,
»Que no hay plazo que no llegue
»Ni deuda que no se pague.»

y que

«Mientras en el mundo viva,
»No es justo que diga nadie:
»¡Qué largo me lo fiais!
»Siendo tan breve el cobrarse.»

JAIME TRABAL.

Barcelona 25 de Octubre de 1892.

DIFUNTITA (*)

(VERSIÓN DEL CATALÁN).

Aún no había cumplido ocho años Merceditas de casa Prat de Puigllonch, y como quiera que se aproximaba la Virgen de Agosto y siguiendo la costumbre, tradicional en la villa, de elegir, entre las niñas de la escuela, á las cinco ó seis más lindas, para hacerlas desempeñar el papel de ángeles, al pasear á la Virgen en procesión por las calles del pueblo, fué ella una de las designadas para llevar á cabo tan honrosa misión.

(*) El presente artículo merece ser leído con la veneración que se debe á toda obra póstuma. Su joven autor debió de olvidarlo, así que lo hubo escrito, sin tener en cuenta, con excesiva modestia, las excelentes condiciones del mismo. Murió el amigo, pero quedaron las cuartillas, que alguien recogería, con buen acuerdo, del pupitre para entregarlas al director de *La Renaixensa*, en cuya revista apareció en catalán, hace ya bastante tiempo, el cuento que vertido al castellano ofrezco á los lectores de fuera de Cataluña, no sólo porque espero que ha de gustarles, á pesar de las flaquezas de la traducción, sí que también para honrar en cierto modo la memoria del pobre amigo que, hasta recientemente, vino siendo mi compañero de estudios.—J. BURGADA JULIÁ.

¡Ahí es nada lo contenta que se ponía, al ver cómo su cariñosa madre cosía el vestidito blanco con cintas azules! A veces, excediéndose á sí misma, tomaba la aguja y el hilo, é imitando á aquélla, también aderezaba el traje la muy entrometida, también cosía. A cada instante se lo arrebataba á su madre para probárselo, y escapando como asustado ratoncillo hacia el tocador, mirábase y remirábase en el inclinado espejo, que la reflejaba de pies á cabeza; y á menudo, en un arrebato de coquetería, propio de una solterona mayor de edad, empinábase sobre las puntas de los pies y apoderándose, no sin grande esfuerzo, de la cajita de los polvos, y empapando en ellos la brocha, deslizábala por aquella cara angelical hasta que se había extinguido el sonrosado color de sus mejillas; y entonces, corriendo hacia su madre, casi siempre le preguntaba lo mismo, al propio tiempo que con la empolvada manecita le tapaba la sonriente boca.

—No te parece, mamá, que le voy á gustar mucho á mi primito?

* * *

Hacía algún tiempo que el pintoresco pueblecillo donde habitaban era víctima del sarampión que, invadiendo una y otra morada, no dejaba criatura para un remedio.

En su curso desolador, la epidemia no había de perdonar á Merceditas, y así es que un día al anochecer ya no cosía, ya no coqueteaba la pobrecilla, sino que acurrucada como polluelo bajo protectora ala, manteníase quietecita, pegada á las faldas de su madre; comenzó á estornudar y á ponerse encendida como una amapola, síntomas indubitables de la epidemia, ¡y tan indubitables! Como que á la mañana siguiente llamó á Paula, la sirvienta, para que, como siempre, la ayudara á vestirse, mientras tararearían á coro aquello de *Jesús, José y María*, etc.; pero al ir á levantar su enmarañada cabecita, sintió que le faltaban fuerzas y parecióle que el aposento daba vueltas, obligándola á dejarla caer de nuevo y con gran fuerza, sobre la almohada.

Desde aquel momento quedó convertida la casa en una especie de manicomio; de todas partes llegaba gente para ver á la enfermita; éste pretendiendo curarla con un específico compuesto de cualesquiera hojas y un poco de aceite; aquél persignándola y rezándole ciertas oraciones; con lo cual, lejos de mejorar á la niña, la empeoraban.

Como es de suponer, sus afligidos padres no se daban punto de reposo pensando en su Merceditas; era tan dicharachera, tanto los divertía con sus conversaciones, que á no haber sido por el frenesí con que procuraban atenderla á la primera indicación, harto les hubiera afligido la nostalgia de sus habladurías cuando les daba cuenta de las diabluras de sus amigas y comentaba con notas chispeantes las rabietas de D.ª Esperanza, su maestra.

Llegó el mediodía, y según costumbre, sentáronse frente á frente los esposos, quedando entre ambos, vacío, el puesto destinado á su querida hija; aproximóse Paula con la humeante sopa; pero aquello de no poder servir antes que á nadie á la *pubilleta* de la casa, les robaba con la alegría las ganas de probar cosa alguna, y mientras se prodigaban un resto de consuelo, cambiando reflexiones que ámbos necesitaban, en el cuarto donde yacía Merceditas oyóse la voz compungida de ésta, que gritaba:

—Mamá... mamá!

Con la prontitud de una madre reclamada por su hija, acudió á complacer á la suya la de Mercedes.

—¿Qué te pasa, qué quieres, hijita mía?

—Quisiera mis tijeras y el diario. No me traigas el de hoy, ¿sabes? papá se enojaría.

—No, no se enojará, cariño; no sabes que te quiere mucho?— Respondióla al propio tiempo que le llevaba lo que había pedido.

—Pues bien, aún desearía otra cosa. ¿Quieres conversar un poco conmigo?

—Sí, hija mía. Te contaré el cuento de los tres hermanitos ¿eh?

—No; explícame..... explícame..... ya lo sé; por qué se murió nuestra vecina Solita?

—Toma; para ir al cielo á comer pan de ángel y.... en fin, para acompañar á la Virgen.—

—¿Sí? pues yo también quiero ir allá. Mañana moriré, ¿oyes?—

Las últimas palabras acabaron de afligir á la pobre madre que acercándosele hasta rozar sus caldeadas mejillas, comíasela á besos, al propio tiempo que secando con la mano una indiscreta lágrima escapada de su contenido llanto, le decía:—No, hijita, tú no morirás..... ¡Qué haría sin tí la pobre mamita!—

La necesidad de dar rienda suelta á las lágrimas la obligó á abandonar á su hija, que conservando en las manos papel y tijeras, mostrábase extrañada de aquella repentina actitud; y todavía llorosa decía á su marido:

—La niña me ha dicho que mañana morirá.

—¡Déjala! ¿No ves que es una chiquilla?... ¡Al fin, mujer!—y simulando el más tranquilo aspecto, le echó los brazos al cuello como si tratara de compensarla con una caricia del cruel dolor que la atormentaba. Al fin, mujer, había dicho, pero por su cerebro arrastrábase la superstición tal vez con más energía que por el de su esposa.

***

Mañana moriré, dijo la pobrecilla, y no se equivocó; porque si no al siguiente, dos días después, precedido de una agonía de pajarillo, se cumplía su funesto presagio.

La *pubilleta* de casa Prat ha muerto. He aquí lo que constituía el objeto de las conversaciones en el pueblo; y el que más y el

que menos iba á rendirle el último tributo, ya que no para dedicarle un Padre nuestro, que no necesitaba, al menos para consolar en lo posible á la pobre madre.

D.ª Esperanza, su maestra, experimentó asimismo ¡pobre señora! grave disgusto al ver, que después que fueron desapareciendo una á una sus discípulas como cuentas de rosario desgranado, había perdido hasta.... á Merceditas Prat, que era como una gloria del mismo. Reunió á las pocas que le quedaban, y cometiendo una imprudencia hija de sus buenos sentimientos, las organizó en procesión, dirigiéndolas á la morada de la que fué su condiscípula.

¡Qué hermoso era el aposento donde Merceditas dormía el sueño de la muerte! Estaba decorado de blanco; allí, sobre un túmulo no muy alto, adosado á la pared y rodeado de seis simétricos cirios, descansaba la niña vestida con el traje blanco de cintas azules que había sido objeto preferente de sus risueñas ilusiones; tiesa, cruzadas las manos en las que se arrollaba un rosario de madreperla; tan blanco el rostro y tan finas las afecciones—á pesar de la sombra amoratada que las bordeaba—como el copo de algodón que tapaba su boca y su nariz; tan pura como la Inmaculada que colocada en la cabecera parecía mirarla con amoroso semblante. Más abajo y casi á los pies, en una bandejita de plata, un ramo de azahar daba á la habitación un aroma que no necesitaba.

En torno de ese rinconcito de cielo situóse aquella congregación de muchachillas, que respondiendo á la temblorosa voz de D.ª Esperanza, rezaban el Ave-María. Hasta aquí pudo contenerse la viejecita maestra, pero al llegar al ofertorio para acompañar al cielo el alma de Mercedes Prat, sintióse desfallecer; á través de sus anteojos podía verse que dos gruesas lágrimas pugnaban por saltar de sus párpados; tomósele la voz, y no pudo continuar; lo que visto por aquellas chiquillas, dió lugar á más de cuatro pucheritos.....

***

No hay remedio; la carne inocente también es del gusto de los gusanos, y para satisfacer su apetito, el día siguiente, por la tarde, fúnebre procesión atravesaba la montaña de San Roque, donde existía el cementerio del pueblo. Confundidos en la neblina veíase un grupo negro formado por la familia y seis niñas vestidas de blanco que llevaban en un ataúd blanco asimismo, á Merceditas, á la cual el mismo traje con que debía ejercer de ángel aquí en la tierra, le había servido para ir á confundirse con los ángeles del Cielo.

FRANCISCO CARBÓ.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE LA IDEA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

I

QUERIDO CONRADO:

Con una candorosa sencillez que me ha sorprendido, me pides, querido Conrado, que te dé una explicación suficiente y satisfactoria, del fondo sustancial de la religión verdadera, la cual supones, muy acertadamente por cierto, que es el Cristianismo, y de un modo más concreto, la Iglesia católica, apostólica y romana. A la cuenta, crees tú que esa labor es fácilmente hacedera; y yo tengo por averiguado que no podías proponerme asunto más trascendental de suyo y grandioso, y que á más grandes y ásperas dificultades se preste. Y con todo y tener ese convencimiento, no desestimo tu proposición, porque es de utilidad incalculable adquirir ideas claras, precisas, bien definidas, acerca de la religión verdadera, y todo trabajo puesto en ese empeño es pingüemente reproductivo. Y sobre que no hay materia alguna, cuyo estudio tanto deba interesarnos, en la investigación de la propuesta se descubren horizontes tan vastos y tan resplandecientes, que la inteligencia humana se goza en levantar su vuelo y detenerse, en contemplación extática, ante hermosísimas perspectivas, al lado de las cuales parecerían mustios eriales las frondosidades recorridas en sus peregrinaciones científicas. Todo es grandioso, todo magnífico, todo sublime, cuanto el hombre registra y considera en el examen del fondo sustantivo de nuestra religión augusta; tan grandioso, tan magnífico, tan sublime, que la simple inspección basta para imponer el asentimiento á la inteligencia, y aún para que la voluntad quede irrevocablemente aficionada. Sin otro estímulo que la fruición inefable que en el espíritu produce la contemplación de verdades tan comprensivas, casi todas conexionadas con lo infinito, deberíamos con ahinco hacer de ellas objeto predilecto de nuestras investigaciones intelectivas, pues ciertamente con ninguna otra ocupación quedan tan cumplidamente satisfechas las aspiraciones de nuestras facultades superiores. El campo de exploración donde se desenvuelven todas las ciencias humanas, desde las que analizan el mundo microscópico hasta las que cruzan por los mundos astronómicos, tiene dimensiones reducidísimas, comparado con la inmensidad verdaderamente infinita, donde la ciencia de la religión debe hacer sus averiguaciones.

Y con ser el estudio más noble y levantado que puede emprender la inteligencia del hombre, es también el de resultados prácticos, más fructíferos y codiciables, puesto caso que nada tan

al vivo puede interesarnos, como lo que á Dios nos lleva ó de Dios nos aparta; y nada se nos presenta tan apremiantemente determinable, como el destino temporal ó eterno que envuelve la razón de nuestra existencia. El error en esta materia puede ser funestísimo y arrastrar en pos de sí consecuencias prácticas irreparables y eternamente deploradas. Y por el contrario, la posesión de la verdad religiosa y el claro conocimiento de los deberes que impone, son garantía de nuestro temporal perfeccionamiento y de nuestra felicidad eterna, porque descubriéndonos los misterios de nuestro origen y aclarando los nebulosos horizontes de nuestro fin último, nos trazan el camino recto y seguro que desde aquél debe á éste con toda seguridad conducirnos. Y una instrucción superficial en la cosa religiosa, aunque basta para el régimen moral de la gente indocta, pero amontona no pocos peligros, á causa del excepticismo reinante, hoy que todo se discute y todo se niega, cuando recae en personas, que más de cerca ó más de lejos, siguen el movimiento literario y científico de la época, no librándoles de dudas y vacilaciones en materia que, por la trascendencia de sus resultados prácticos, reclama de suyo seguridad completa.

Y con todo, querido Conrado, contados son los que, aspirando á una instrucción sólida en diversos ramos del saber humano, toman á empeño adquirir convicciones claras y precisas sobre la religión que profesan, aún viéndola tan discutida, que es objeto constante de apasionadas controversias. Una observación detenida te persuadirá de que, siendo el tema religioso el más llevado y traído de cuantos ocupan la atención pública, es á la vez el tratado con menos conocimiento de causa; pues no sólo los que combaten la religión verdadera, pero aún aquellos que se esfuerzan en defenderla, demuestran conocerla muy por encima, descubriéndose á la legua que nunca la hicieron objeto de estudios serios y de profundas meditaciones. Y aún te diré más, y no te adarves por ello: apologías modernas del Cristianismo he leído, escritas por cierto con gran aparato científico, y exornadas además con las galas de una instrucción variada, las cuales acusan en el autor un conocimiento muy deficiente del fondo esencial de la religión cristiana, y aún puede asegurarse que nunca ha descendido hasta el mismo, y que en sus tareas apologéticas ha dilucidado únicamente algunos puntos concretos, sobre los cuales ha derramado gran copia de luz, logrando, como suele decirse, agotar la materia, y mereciendo ser atendido y consultado por las personas estudiosas. Que el demostrar brillantemente la existencia de Dios, la espiritualidad é inmortalidad del alma humana, la realidad de la vida futura, el ennoblecimiento del linaje humano por el Cristianismo, el fomento de la cultura, de la civilización y del bienestar de los pueblos por medio de la Iglesia, la superioridad moral, litúrgica, dogmática,

social, científica, artística de nuestra religión sobre todas las demás religiones, aunque es obra meritoria y laudable, y muchos pueden sacar de ella no escaso provecho; no obstante, puede todo eso llevarse á feliz remate, sin haber descendido hasta el fondo sustancial de la religión panegirizada, sin dar de ella una noción que la presente más estimable y más digna de veneración y respeto, sin poner de manifiesto todo el caudal de amor y de vida, que de sus entrañas brota para labrar la felicidad temporal y eterna de todos sus adeptos. Elocuentes y muy razonadas apologías de la religión cristiana se han publicado en estos últimos tiempos, que más bien deberían ser consideradas como defensas de la religión natural, ya que ésta puede reclamar para sí todas las verdades brillantemente allí expuestas y demostradas; otras logran á maravilla inculcar la superioridad del Cristianismo entre todas las religiones positivas, pero que así pueden apropiárselas los cismáticos griegos y los protestantes, como los católicos que viven sometidos á Roma; y esa deficiencia de los apologistas contemporáneos proviene del superficial conocimiento que ellos poseen de la misión altísima realizada por Jesucristo y de la continuación de la misma encomendada á su Iglesia. Apenas si en todas esas producciones apologéticas campea el elemento sobrenatural, siendo así que nuestra religión se ha desarrollado toda entera en las regiones sobrenaturales, donde nació, donde vive, y donde continuará indefectible, en el rodar vertiginoso de los siglos y en el reposo inalterable de las eternidades.

Añade, amigo Conrado, á la superficialidad de los estudios religiosos, la mala elección de método que puedes atribuir á los apologistas contemporáneos, quienes arrastrados por la corriente dominante, han adoptado el método analítico, como si se tratara de estudiar un organismo religioso nacido y crecido en el terreno histórico de los acaecimientos humanos. Comprendo que Max Muller en su *Ciencia de las religiones*, y Heriberto Spencer en su *Sociología*, hayan manejado ese método, por medio del cual puede averiguarse qué es lo que han creído y practicado los hombres durante su evolución histórica; pero no puedo comprender que hayan echado mano de él no pocos apologistas cristianos, que intentaban poner en claro lo que el hombre debe creer y practicar. ¡El método analítico aplicado al estudio del Cristianismo! Al examen de una religión esencialmente sobrenatural fundamentada sobre el misterio! Qué aberración tan colosal, Dios Eterno!

Sólo en un caso puede admitirse ese método, al hacer la apología del Cristianismo; y es cuando se intenta evidenciar las excelencias de nuestra religión comparada con las demás religiones. Pero ten entendido, querido Conrado, que en ese supuesto la comparación resulta inadecuada, porque se compara el fondo sustancial de las otras religiones con las manifestaciones acci-

dentales de la nuestra, la cual es esencialmente sujetiva. Las formas históricas que las religiones todas han revestido, y en esa forma incluyo la doctrina, la moral y el culto, constituyen el fondo sustancial de las mismas; pero las manifestaciones históricas del Cristianismo, sólo son irradiaciones pálidas del foco misterioso que brilla deslumbrante en las regiones del supernaturalismo. Aún así, resulta de esa comparación maravillosamente favorecida nuestra religión augusta, porque su acción social acusa un principio de vida enteramente divino. Por ese procedimiento pueden hacer la apología del Cristianismo, aún ciertos escritores cuya ortodoxia es muy discutible. No hace mucho tiempo la hizo, desde las columnas de un Diario muy poco católico, el elocuente tribuno, Emilio Castelar, y su trabajo mereció que lo reprodujeran no pocos Periódicos católicos de Europa y de América. Con observar, como lo hace D. Emilio, que en diez y nueve siglos han pasado por el espacio innumerables razas, por la conciencia infinitas ideas, que han caído imperios antiquísimos y se han levantado nuevos pueblos, que han sufrido las sociedades trasformaciones sin número, mientras que la verdad religiosa, revelada desde ignominioso patíbulo, permanece fija, inmutable en el centro de la civilización, como el eterno sol de la naturaleza y del espíritu; que las grandes ideas entrevistas por los genios de la antigüedad, y que estaban en la naturaleza del hombre como fraccionadas y rotas, no fueron bendecidas, no fueron iluminadas, no fueron universales y divinas, sino cuando del seno de la Judea se levantó un hombre desconocido á predicar entre el pueblo, á llamar á sí á todos los que la sociedad arrojaba de su seno, á convertir la alegría en dolor y el dolor en alegría, á cuajar en perlas las despreciadas lágrimas para tejer una corona á los maldecidos esclavos, uniendo en su amoroso seno todos los hombres y muy especialmente los desvalidos y los pobres; con añadir que hemos visto al pie de la cruz morir la bárbara casta, quebrarse la cadena del esclavo, concluirse los antiguos privilegios, reconciliarse todos los pueblos; que mientras las otras religiones exaltaban al guerrero, al fuerte, al poderoso, la religión cristiana llamaba á sí á todos los hombres y tenía por sus elegidos á los que habían derramado más lágrimas en la tierra, á los que habían padecido más dolores, á los que habían cargado con el peso de mayores injurias, diciéndoles que eran hijos de Dios, que su vida maldita es emanación celeste, que su alma es de origen tan noble y divino como el alma del rey, como el alma del sacerdote, y que sus sienes, heridas por el clavo de la servidumbre, pueden llevar una corona de estrellas en el cielo; con insistir en que la cruz del Redentor ha renovado la vida entera de la humanidad, dignificando la familia, dando bases fijas á la ciencia, ideales sublimes á la poesía, inspiración á todas las artes, y sobre todo que, gracias á ella, las diferencias sociales se

borrarán al pie de los altares, los reyes hundirán en el polvo la frente, y se declararán iguales ante Dios con sus vasallos, el hombre entrará en el hogar de su enemigo para llamarle hermano, y la humanidad, próxima antes siempre á desfallecer, oye aquella voz dulcísima que le dice que sea perfecta, como nuestro Padre es perfecto, y desde entonces, todos los hombres trabajan para realizar el reino universal de Dios, prometido en el Evangelio á los individuos y á las naciones; con esa exposición brillante de los efectos producidos en la sociedad por la religión del Crucificado, se logra fácilmente sobreponerla á todas las religiones y aún convencer que en su seno lleva gérmenos fecundos dotados de energías divinas, palabras de vida inmortal que dan la fórmula definitiva del progreso humano. Pero es dar á conocer algunos de los efectos maravillosos de esa religión divina; no es darla á conocer á ella misma, ni siquiera los efectos primordiales que determinaron su existencia. Por ese camino ni se llega al claro conocimiento de la religión, ni se enardece y estimula á los que le están adheridos, ni se afianza y sostiene á los que en ella vacilan, ni se atrae y recobra á los que de ella viven alejados.

Aún sería más improcedente la aplicación severa del método sintético ó apriorístico, porque no se trata de desenvolver una teoría científica ni exponer un cuerpo de doctrina, sino de conocer satisfactoriamente una realidad viviente, un sustantivo con manifestaciones propias y complejas, una institución perfectamente armónica y eminentemente práctica. Como realidad positiva, no podemos desentendernos del empirismo, pero teniendo siempre en cuenta que esa realidad llena el cielo y la tierra, la eternidad y el tiempo, el mundo visible y el invisible, y está por lo tanto, fuera del alcance de nuestras observaciones científicas; como conjunto armónico de verdades conexionadas, no puede prescindirse en absoluto de los procedimientos deductivos, bien que hemos de tener constantemente á la vista, que no puede haber principio alguno superior que contenga en sí la noción sintética de la religión verdadera, y del cual pueda deducirse, como el contenido se deduce del continente. Ninguno de los métodos dialécticos sirve al caso, tratándose de exponer una materia de suyo inasequible á los esfuerzos de la inteligencia humana; y bien que el método didascálico, ó si quieres, sintético-analítico, parezca ser aquí el más indicado, pero no debe aplicarse á la manera que procedemos al exponer asuntos de nuestra limitada competencia. No habiendo sido construída la ciencia de la religión por el entendimiento del hombre, no puede tampoco ser expuesta y demostrada como las ciencias humanas. Basada toda ella en la revelación, y exigiendo, bajo este punto de vista, un procedimiento didascálico, exige también, por no poder nosotros actuar de maestros, que ese método sea meramente indicativo,

pues tanto el que escribe como el que lee, tanto el que adoctrina como el que aprende, deben considerarse como discípulos dóciles y sumisos, aunque difieran por su grado de aprovechamiento. Ese método indicativo nos servirá de guía en nuestro empeño de contemplar y discernir la verdad que desde lo alto se nos propone.

No esperes, pues, querido Conrado, que siguiendo yo la corriente del día, y transigiendo con las pretensiones empíricas dominantes, llame del polvo de las tumbas á los fundadores de las grandes religiones, y que acabildando en abigarrada asamblea á Jesús y á Confucio y á Manu y á Menes y á Numa y á Zoroastro y á Mahoma, les interrogue acerca de los sistemas religiosos que propalaron, y vea luego los éxitos que tuvieron, y los parangone entre sí para advertir sus analogías y sus discrepancias, y falle por último acerca de su valor relativo. Atento al carácter sobrenatural de nuestra religión, me limitaré á exponer, mejor dicho, á indicar lo que por revelación de ella sabemos, olvidando por completo lo que han ideado esos fundadores de sistemas religiosos, que ninguna luz pueden derramar sobre esta materia. Si, como espero, llegas á ver con claridad la verdad religiosa, cuya manifestación histórica es la Iglesia cristiana, tan plenamente convencido quedarás de su origen celestial y de su génesis divina, que rechazarás, sin ulterior examen, las otras religiones, sabiendo á ciencia cierta que no pueden ser sino vanas cavilaciones de la inventiva humana. Al descubrir en su nítida belleza y en su conjunto armónico y en su grandiosidad incomprensible el plan del Cristianismo, de tal manera verás á la sabiduría divina y á la divina bondad presidiendo á la totalidad y á cada una de las partes, que la simple contemplación del mismo arrastrará tu total asentimiento, y su admisión se impondrá con tanta energía á tu espíritu, que ni tu inteligencia aspirará á más verdad, ni tu voluntad á bien más apetecible, ni tu corazón á belleza más arrebatadora, y estoy seguro que en tu entusiasmo exclamarás con alborozo: Así debe ser la religión verdadera!

Como puedes comprender, hemos de proceder en nuestra investigación, de manera que lleguemos al convencimiento, no por demostraciones de carácter lógico, que aquí son imposibles, sino por meras intuiciones de la verdad revelada. Cuando de tal manera brilla la luz de la verdad, que la inteligencia la percibe directa y espontáneamente, las demostraciones huelgan, porque la evidencia se impone. Esas demostraciones, que algunos erróneamente toman por el camino llano y recto que conduce al templo de la verdad, son una necesidad de los espíritus limitados, son un guía para llegar hasta la evidencia cuando ésta no existe, representan el esfuerzo hecho para despejar las sombras que ocultan la verdad á nuestra vista; pero son inútiles, improcedentes, onerosas, cuando la verdad se presenta limpia y despejada á la contemplación de nuestra inteligencia. En este caso la in-

tuición nos libra del procedimiento engorroso de las demostraciones, las cuales nos brindan con la costosa adquisición de lo que ya poseemos. Pongamos por ejemplo aclaratorio un triángulo rectángulo y supongamos construído un cuadrado sobre cada uno de sus tres lados. Si te afirmo que el cuadrado construído sobre la hipotenusa es igual á la suma de los dos construídos sobre los catetos, como por lo limitado de nuestro entender y por la oscuridad de la relación que consignó, ésta no te se ofrece clara y perspicua al entendimiento, me exigirás una demostración que te convenza de ello, descubriéndote la evidencia que en vano buscas á la simple inspección de la figura; pero si te digo, que el cuadrado de la hipotenusa es mayor que el de uno de los catetos, me eximirás de la demostración, porque ves esa relación de mayoría con tanta claridad y certidumbre, que mayores no las alcanzaras con una demostración perfectamente lógica. De la misma manera, si por el método intuitivo que te propongo en nuestra investigación religiosa, te se presenta la verdad tan limpia, tan perspicua, tan evidente, que lleve tras sí el pleno convencimiento de la misma, y deje totalmente satisfecha á tu inteligencia, desalojando de ella toda sombra de duda y vacilación; ¿será cuerdo que me exijas demostraciones lógicas, ni directas ni indirectas, que de nada habrían de servirte, y que acaso oscurecieran la verdad que contemplabas con evidencia? Cuando la verdad es de suyo tan luminosa que nuestro entendimiento, actuando en las convenientes disposiciones, llega á verla y discernirla, sin otro esfuerzo que el contemplarla atentamente, aberración grande sería renunciar á esa ventaja, y someterse á los procedimientos de la demostración, abandonando el camino recto, llano y espacioso, para meterse por senderos ásperos, empinados, tortuosos y practicados entre breñas y canchales.

Conocido el método que hemos de seguir en nuestras investigaciones, demos principio á las mismas, no sin haber antes pedido á Dios que guíe nuestros pasos, para que no se desvíen un punto de la verdad, y que ilumine nuestros entendimientos, para que fácilmente puedan distinguirla, y que mueva nuestra voluntad, para que la abrace y la retenga.

Barcelona 1.° de noviembre de 1892. O. S.

MEMORIA

Leída en la sesión pública celebrada el 23 de Octubre de 1892.

SEÑORES:

Los asiduos asistentes á estas públicas manifestaciones de la ACADEMIA CALASANCIA, recordareis perfectamente, que más de una vez, desde este sitio y en ocasión semejante á la que nos tiene

aquí congregados, se ha hecho observar el constante y progresivo desarrollo de nuestra Academia, desde sus humildes comienzos, hasta que en el último curso, con la imposición de las medallas á los Académicos de Número, quedó definitivamente constituída.

Este hecho es garantía firmísima del porvenir brillante que á nuestra Academia le está reservado. La experiencia nos advierte con ejemplos sobradamente repetidos, que las Asociaciones de índole semejante á la de nuestra Academia, suelen presentarse por vez primera en público, al parecer, atiborradas de vigor y exuberantes de lozanía, y prometiendo para tiempos no lejanos, frutos copiosos y apetecibles; pero nos dice también, que esa aparición brillante y ostentosa, suele ir inmediatamente seguida de una rápida enervación, que agosta en flor los frutos prometidos, y deja sin realidad las esperanzas acariciadas. Casi todas las Asociaciones de carácter religioso, científico, literario ó artístico que en nuestra Ciudad existen, han pasado rápidamente, sin transición perceptible, de una juventud floreciente y galana á una decrepitud desmayada y enervante; todas ellas viven anémicas, ahiladas, enclenques y desmedradas, á pesar de que todas hicieron su aparición en público, desarrollando ante sus admiradores las más halagüeñas perspectivas, horizontes vastísimos llenos de luz, de color, de vida. Pero nuestra Academia ha seguido en su nacimiento y en el primer período de su desarrollo, en el cual todavía debe considerársela, una norma opuesta á la indicada. Modesta por su origen, sencilla á causa de la idiosincrasia misma de los elementos constitutivos, demasiado tímida y ruborosa acaso en sus primeras exhibiciones públicas, sin grandes aspiraciones y sin levantados ideales que la recomendaran al entusiasmo de las gentes, atendiendo en primer término al perfeccionamiento de los Asociados que la integraban, la ACADEMIA CALASANCIA, se ha ido desenvolvlendo, cada día más vigorosa, cada día más robusta, cada día más segura de su porvenir. Y si el año segundo dió muestras de una vitalidad que no había alcanzado en el primero; y si en el tercero apareció más viva y poderosa que en el segundo, y si fué creciendo por igual manera en el año cuarto de su existencia; justo es reconocer que el desarrollo que adquirió durante el último curso, fué incomparablemente más grandioso y fructífero que el correspondiente á los cuatro años anteriores.

Contribuyó sin duda alguna á la exhuberante vitalidad que desplegó en el curso próximo pasado, el ingreso de muchísimos socios de mérito bien reconocido, los cuales pusieron á servicio de la Academia su prestigio, sus talentos, su actividad, su entusiasmo; muchos de ellos sus aptitudes oratorias, otros sus conocimientos científicos, y no pocos sus habilidades artísticas. De los pasados años es fuerza confesar, que eran pocos los adalides que

pugnaban por triunfar en el honroso palenque que les ofrecía nuestra ACADEMIA CALASANCIA. Hoy con orgullo legítimo podemos decir, que son muchos los campeones, y aún más, que todos los que han luchado han resultado vencedores. No es gratuita tal afirmación. ¿Quereis convenceros?... Fácilmente lo lograreis con sólo recordar las pasadas veladas del transcurrido curso; y mejor aún, con sólo fijaros en los trabajos insertos en el órgano de nuestra Academia. Abrid las páginas de éste, examinad detalladamente todos los trabajos presentados por los Sres. Académicos, comparadlos entre sí, y muy difícil será vuestra misión, si entre todos ellos, y juzgado cada cual en su género, al más perfecto y acabado habeis de coronarlo con el premio de la distinción.

Organizada la Academia Calasancia, y ya en su estado pleno de desarrollo, se hizo precisa la redacción de un nuevo Reglamento, que llenase los vacíos que en el anterior se encontraban. A una comisión elegida en el seno de la Academia, se confió tan importante trabajo; comisión que cumplió perfectamente su tarea, presentando un concienzudo y acabado Reglamento. Tres clases de Académicos se crearon: la de los Aspirantes, la de los Supernumerarios y la de Numerarios, fijando como número máximo de éstos, el de *cuarenta*; al mismo tiempo, después de indicar de qué miembros se debía componer la Junta directiva, señaló, que uno de los objetos primordiales de la Academia Calasancia, era, el de celebrar actos religiosos, y sesiones científicas y literarias, tanto privadas como públicas; creándose además en la prensa periódica, un órgano propagador de los ideales calasancios.

Fielmente, en el transcurrido curso, se ha cumplido con lo acordado y señalado en el Reglamento. Actos religiosos han demostrado, que los Académicos, antes de todo trabajo intelectual, antes de todo ejercicio profano, tienen sus ojos encaminados al Reino del Señor, y que en El confian, y que á El piden su auxilio, y sólo contando con El se lanzan á la arena del combate. Las sesiones privadas han mostrado la seguridad y facilidad de los Académicos, en el difícil arte de la improvisación: temas escabrosos se han tratado, materias difíciles se han desarrollado y problemas, no exentos de obstáculos, se han resuelto, y al mismo tiempo las argumentaciones en pro y contra, han servido para demostrar palmariamente, que los estudios de los Sres. Académicos no se han perdido, antes muy al contrario, conservándolos como en depósito y en estado latente, sólo esperaban la ocasión propicia de mostrarse en las condiciones con que lo han verificado.

Poco debiera recordar, acerca de las veladas públicas verificadas en el espacioso Salón de Actos, del Colegio de los PP. Escolapios. Todos saben que su éxito ha sido inmenso, colosal, su aceptación completa. Prueba es de ello, el numeroso y escogido

auditorio que en todas ocasiones ha llenado los salones, y prueba de ello es, al mismo tiempo, el repetido número de veladas que en el curso pasado se han celebrado. Y no podía menos de ser así: si en los anteriores cursos la parte literaria había atraído insensiblemente las voluntades de todos los asistentes á estas veladas, con la belleza de las poesías, con la grandilocuencia de los discursos y con la amenidad de otros acabados trabajos, presentados al efecto; la parte musical muy mejorada en el curso pasado, perfectamente ejecutada y magistralmente dirigida, ha hecho dar á las veladas, verificadas en el citado curso, un carácter diverso al que anteriormente las había distinguido. La acertada combinación en el programa de números literarios y números musicales, debía producir un efecto, á la par que agradable, sorprendente en el ánimo de los oyentes, y éste fué el resultado que se obtuvo. Después del concienzudo trabajo, producto de la inteligencia, en que intervienen como factores principales, la palabra y la elocuencia, y que con motivo de lo profundo de las concepciones y de lo maravilloso de las ideas, logra tener supeditado el ánimo del auditorio, secuestrado por la palabra del orador; nada más apropiado y agradable á la par para el oido de los espectadores, que los armoniosos acordes arrancados por el artista á los dóciles instrumentos; nada más grato que ese conjunto de sonidos en que se resuelven las maravillosas piezas, llenas de bellezas incalculables, producto de uno de los genios musicales; nada más adecuado para que la imaginación vuele por vastísimos espacios, y halagada y adormecida por los rítmicos sonidos, adquiera nuevas fuerzas para admirar y comprender después los subsiguientes trabajos literarios.

Mas no se vaya á creer que para la celebración de estas veladas han sido indispensables grandes trabajos y grandes estudios preparatorios; de ningún modo. Muchas son las fuerzas con que cuenta la Academia Calasancia y muchos son los elementos que la integran para lanzarse á empresas que á primera vista parecian irrealizables, ó cuando menos temerarias. Ejemplo palmario y manifiesto, la velada organizada en honor del insigne novelista montañés D. José María de Pereda.

¿Quién ha podido olvidar, de todos los que asistieron á dicha velada, la tarde del 15 de mayo? Nadie. Aquélla fué una de las fechas que quedan grabadas para siempre en la conciencia de los interesados. Dedicada como fué á una de nuestras primeras glorias nacionales, aquella tarde fué para la Academia Calasancia también un día de gloria. Velada gloriosa por ser presidida por el inmortal escritor y por las demás distinguidas personas que con él compartieron los estrados presidenciales; gloriosa, por ser hija de una improvisación que encantó y maravilló á todos los concurrentes que asistieron á la fiesta y que no esperaban resultara tan lucida y brillante. Con esta velada quedó plenamente

demostrado hasta dónde pueden llegar los esfuerzos de una juventud ardorosa y ávida de trabajo, encaminada y protegida por los cariñosos y previsores consejos de sus PP. Directores.

Otra de las veladas que vosotros no podreis olvidar, señores Académicos, fué la conmovedora del 24 de abril pasado. No quiero referirme precisamente á la índole de los trabajos presentados en la misma; sabido es que, como en todas, fueron escogidos y perfectamente presentados y muy aplaudidos; me refiero únicamente al solemne momento de la imposición de las medallas á los Académicos de Número. ¡Qué cosa más grata y al mismo tiempo más conmovedora, que recibir de manos de nuestros bondadosos PP. Directores unas medallas de un valor moral tan inmenso! Porque las tales medallas no vienen á representar solamente un mero signo de distinción, bastante para enorgullecer á la persona que lo ostenta, por el solo hecho de llevarlo. No; esas medallas están destinadas á encerrar en sí la historia de los que con ellas han sido condecorados; esas medallas obligan, lo mismo que el juramento del soldado á sus banderas, á defenderlas y á ser digno de ellas. Así es, que aquel día, para los afortunados que recibimos esas medallas, será de imperecedero recuerdo; porque desde aquel día nos sentimos unidos con nuevos y más estrechos lazos con la Academia Calasancia; lazos que jamás podrán ser desunidos en este mundo, y que nos obligan á defender con más energía, si ésta es posible, y con más entusiasmo, si es que puede existir, los santos juramentos con que, en un glorioso día, todos nos obligamos.

También, señores, debo recordar, y gustoso lo hago, algo referente sobre nuestro órgano defensor, en el palenque de la prensa periódica. Todos sabeis la historia de nuestra Revista, defensora de intereses y miras tan elevadas como las de la Academia; todos conoceis cuán grande ha sido su aceptación y cuán considerable es el número de sus suscritores que con verdadera avidez recorren sus páginas, admirando los profundos y los amenos trabajos que en ella se contienen.

Sin temor de equivocarme puedo asegurar que la Revista LA ACADEMIA CALASANCIA es la única en su género que ha sido recibida, sin hallar en su paso contradictores y adversarios, y sí sólo amigos y admiradores. Y esto había de suceder desde el instante que los trabajos insertos en sus páginas se distinguen por la ingenuidad de su fin propagandista, por la oportunidad de los asuntos tratados, por la literatura que los exorna, por la variedad que los avalora, por la crítica imparcialidad que los recomienda, por el criterio severamente ortodoxo que á todos ellos preside.

En nuestra Revista se han abordado las cuestiones más graves de actualidad palpitante; se han combatido los errores y los sistemas y las escuelas que levantaban bandera frente á frente de la bandera católica; se han defendido con vigor y entereza los

derechos de la Iglesia y la independencia de su Jerarca Supremo, se han puesto de manifiesto las exageraciones imprudentes y peligrosas de los partidos políticos que aspiran á representar los intereses religiosos; se han discutido sín apasionamiento y con plena serenidad de juício los acontecimientos que en el órden social, político ó religioso han logrado preocupar los ánimos; y á la vez que por ese medio se daba lectura sólida á los hombres pensadores que no se detienen en el presente y que aspiran á sondear los misterios del porvenir, se procuraba con amenos trozos de literatura, con historias de interés vivísimo, con inspiradas composiciones poéticas, proporcionar grato y útil esparcimiento é instrucción halagüeña y educación bien fundada, á aquellas inteligencias juveniles que leían nuestra publicación y que en ella buscaban apropiados y saludables alimentos para sus almas.

El favor creciente que el público ha concedido á nuestra Revista es su mejor panegírico, como es nuestra más preciada recompensa la adhesión que vosotros, señores, con vuestra presencia y con vuestros aplausos acogeis todas y cada una de las manifestaciones públicas de la Academia Calasancia.

HE DICHO.

JOSÉ M.ª DE OLALDE, SECRETARIO

SUSPIROS DEL CORAZON

IMITACIÓN DE BECQUER

Volverán las serenas estrellitas
De la noche las horas á velar,
Y otra vez con sus pálidos fulgores
Mi sueño alumbrarán:
Pero aquellas que al verme sonreían
Y ensayaban melódico cantar,
Aquellas que escuchaban mis suspi-
Esas... no volverán.. [ros,

Volverán de este Sol los rayos bellos
Con su color las flores á esmaltar,
Y otra vez á sus besos los capullos
En Mayo se abrirán:
Pero aquellos que un día disiparon
De mi pecho las sombras del pesar,
Aquellos que venían desde el cielo,
¿Quién sabe!.... volverán?

Volverán del Abril las dulces horas
Por mi mente calladas á pasar,
Y otra vez esculpidas en mi frente
Sus huellas dejarán:
Pero aquellas que hermosas é inocen-
Descendían mi pecho á recrear [tes
Y bañarlo de luces y de encanto,
Lo sé..... no volverán.

Volverán en el caos de los tiempos
Los días tras los días á rodar,
Y otra vez en las alas de los vientos
Los siglos volarán:
Pero aquellos que rubios se paraban
Mis ensueños de rosa á contemplar,
Aquellos que mi infancia adormecie-
Esos..... no volverán. [ron,

Volverán los crespados nubarrones
El azul de los cielos á ocultar,
Y otra vez en fantasmas pavorosas,
Confusos pasarán:
Pero aquellas hermosas nubecillas
Que en ángeles de amor soñé tornar,
Que llenaban el alma de alegría....
Volverán?.... volverán?

Volverán esos mares con sus olas
Las orillas tranquilas á bañar,
Y otra vez procelosos huracanes
Su seno agitarán:
Pero aquellas ondinas espumosas
Que mis pies se acercaban á besar
Y exhalaban suspiros de poesía,
No sé si volverán.

Volverán los alegres cefirillos
Con las flores del campo á retorzar,
Y otra vez murmurando á mis oídos,
Festivos jugarán:
Pero aquellos que un día placenteros
Mis lágrimas vinieron á enjugar,
Y suspiros de amor me repetían,
Dejad:..... no volverán.

Volverán los divinos ruiseñores
Sus preludios de dichas á entonar,
Y otra vez en el fondo de un ramaje
Sus cuitas cantarán:
Pero aquellos que un día acompaña-
De mi lira el armónico cantar, [ron
Aquellos que en sus cuerdas se me-
Ah! no;.... no volverán. [cían,

Volverán! ay! las cuerdas de mi lira
Por impulso fatídico á vibrar,
Y sólo melancólicos acentos
Gimiendo exhalarán:
Porque aquellas canciones vaporosas
Cuyas notas veía deslizar
Como séres de un mundo de armo-
Nunca más volverán. [nía,

R. O. E.

EL DÍA DE DIFUNTOS

Qué son estas voces que tristes resuenan,
Qué son estos ecos que vagan desiertos?
Son hondos gemidos que el gozo envenenan,
Son lúgubres ayes que exhalan los muertos.
Suspiros de duelo que embargan el alma,
Sollozos y llanto de lívidos séres,
Son tétricos gritos que quitan la calma
Del pecho que nada en inmundos placeres.
¿Por qué así la gente cubrió el cementerio
Y en él un murmurio percibo que zumba?
¿Por qué se arrodilla con vago misterio
Llorando enlutada delante una tumba?
Y al son imponente de grave campana
Que gime en el hueco de torre sombría,
¿Por qué el son responde de ermita cercana
Formando en los aires funérea armonía?....
Vosotros que impíos soñais en los brazos
De impuras pasiones, que os roban la suerte,
Delirios de gozo; romped esos lazos,
Alzad del letargo, que os llama la muerte.
Quizás de la vida sonó ya la hora;
Quizás la guadaña va á herir vuestro cuello;
El día de luto; la luz de su aurora

Brilló un corto instante con vago destello.
Si oís de la tumba los lúgubres gritos,
Si oís de los bronces la voz funeraria;
Echad de vosotros placeres malditos,
Y orad por las almas ferviente plegaria.
Entrad en la iglesia; postraos de hinojos;
Rezad un momento por vuestros pecados;
Pedidle al Eterno con llanto en los ojos
Perdone á los muertos sus yerros pasados.....
Los muros del templo de luto vestidos,
La lumbre rojiza que apenas los baña;
Del fúnebre canto los tristes gemidos.....
Quizás os aterra visión tan estraña?
Tal vez vuestros ojos en sueño profundo
Soñaban estrellas de varios colores,
Quizás contemplaban fantástico mundo
De luces y galas y risas y flores.
Tal vez vuestro oído también percibía
Melódicos sones de dulces baladas,
Soñando ¡infelices! celeste armonía
De angélicas voces y liras doradas.....
Llorad: de las tumbas los ecos son estos,
De horrendos tormentos son fríos trasuntos,
Son notas sublimes de cantos funestos,
De padres, hermanos y amigos difuntos.
Hoy todo despierta recuerdos sombríos:
Fantasmas sin vida, de triste memoria,
Sarcófagos llenos, sepulcros vacíos,
Espectros opacos, de tez mortuoria;
Coronas funéreas cubriendo una losa
Con gasas negruzcas que flotan al viento,
Y cráneos severos durmiendo en la fosa.....
¡Quién sabe si sienten en este momento!
Quién sabe si escuchan el sordo murmullo
Que forma la gente que allí los visita;
Quién sabe si duermen al místico arrullo
Que en torno murmura plegaria bendita?
Callad: ya redoblan con voz lastimera
Las tristes campanas; los bronces ya lloran;
Las luces se esconden, se enluta la esfera;
Los árboles gimen....: orad; ellos oran.
La sombra se extiende y avanza la noche;
La luna derrama sus blancos destellos;
Las flores sagradas cerraron su broche;
Los muertos reposan....: roguemos por ellos.
Requiescant in pace. Dejad ya desiertos
Los mudos paseos del fúnebre asilo;
Rezad y alejaos;..., que duerman los muertos
En santo reposo su sueño tranquilo.

R. O .E.